

SEGUNDA PARTE.

Una mujer sin corazon.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

UNA MUJER SIN CORAZON.

XV.

DESPUES de un intervalo de silencio, comenzó Rafael negligentemente la plática siguiente :

— No podria asegurarte si ha de atribuirse á los vapores del líquido que he bebido, la especie de lucidez que me permite abrazar ahora mi vida entera como en un solo cuadro en el cual se me representan con la mayor fidelidad las figuras, los colores, las sombras, las luces, las medias tintas... Y ningun

caso haria de ese juego actual de mi imaginacion, sino estuviese acompañado de cierto desprecio para con mis dolores y alegrías acaecidas en el curso de mis años... Vista de alguna distancia hállase toda mi vida como por un fenómeno moral reducida; y soy juez en lugar de poeta, es decir que raciono en lugar de sentir! Ese padecimiento lento y prolongado por espacio de diez años, puede hoy reproducirse por medio de algunas frases, y su reduccion no será mas que un pensamiento, y algunas ráfagas de placer que por mi corazon han pasado, no serán mas que una reflexion filosófica...

¡A fé mia, que eres pesado como una enmienda!... opuso Emilio.

—¡ Bien puede ser! repuso Rafael sin murmurar. Asi es que para no abusar de tu atencion, te pasaré por alto mis primeros diez y siete años. Hasta entonces, viví como tú y como otros mil, con aquella vida de colejio, ó de liceo que ahora nos representamos con todas sus delicias, con sus desdichas aparentes, y sus alegrías reales; vida á la cual nuestro embotado paladar vuelve á pedir las groseras legumbres del viernes, en tanto que no hemos continuado con tales alimentos... Aquella tan placentera vida cuyos trabajos despreciamos ahora, y que sin embargo nos enseñaron á trabajar...

— Lleguemos al drama!... dijo Emilio con su tono burlon y compasivo.

— Cuando salí del colejio, repuso Rafael reclamando con un jesto formal, el derecho de continuar, sujetóme mi padre á una disciplina severa. Hizome habitar un cuarto contiguo á su gabinete. Retirabame á las nueve de la noche, y debia levantarme á las cinco de la mañana. Quería que siguiese estrictamente mi curso de leyes. Iba á cátedra y al estudio de un abogado. Pero las medidas del tiempo y del espacio estaban aplicadas con tanta precision á mis viajes, á mis ocupaciones, y á la hora de comer pedíame mi padre tan ecsacta cuenta de...

— ¿Que me importa á mi eso?... dijo Emilio.

— Eh! ¿vete al diablo! siguió Rafael. ¿Como podrías concebir mis sentimientos, sin noticiarte los hechos imperceptibles que influyéron sobre mi alma, preparándola á la sujecion, y que me hicieron quedar por tanto tiempo en la primitiva sencillez del adolescente?!

Por tanto, hasta la edad de veinte y un años viví siempre sojuzgado bajo un despotismo tan frio como el de un rejimen claustral. Para revelarte mis tristezas, bastaráte tal vez describir á mi padre. Era un hombre alto, enjuto y delgado, con el rostro formado como hoja de navaja, de pálida tez y palabra corta, persistente como doncella entrada en años, meticoloso como un principal de oficina... Cerníase su paternidad sobre mis niñerías y joviales ideas, hasta encerrarlas debajo una cubierta de plo-

mo... Cuando trataba de manifestarle algun sentimiento tierno y cariñoso, recibíame del mismo modo que si le dijese una necedad grosera. Oh! cuanto mas le temi á él que á nuestros tan temidos cate- dráticos... Para él siempre tenia ocho años... Parece- me todavia verle delante de mí... Estabase tieso co- mo un cirio pascual; y con su levita color de castaña pareciase á un arenque ahumado envuelto como en la rojiza cubierta de un folleto...

¡ Y no obstante yo queria á mi padre! En el fon- do era justo. Pero acaso nunca aborrece el hombre la severidad cuando se halla justificada por un ca- rácter grande, por costumbres puras, y cuando está sabiamente entremezclada de bondad.

Si mi padre no me perdió jamás de vista; si hasta mis veinte años nunca me dejó dueño de dos duros, de dos picaros, de dos libertinos duros, inmenso tesoro cuya posesion envidiada en vano hacíame so- ñar inefables deleites; debo decir para su elojio que algunas veces procuraba regalarme con algunas dis- tracciones; y despues de haberme hecho aguardar meses enteros un placer, me acompañaba al teatro, á un concierto, á un baile donde yo confiaba encon- trar una amante... ¡ Una amante!... era para mi la independenciam.

Mas, lleno de timidez y de pudor, ignorando el lenguaje de los salones y sin conocer nadie en ellos, volvíame siempre con el corazón igualmente vírjen;

y mas y mas abundante de deseos... Despues, el dia siguiente, gobernado por mi padre como caballo de escuadron, no podia escaparme á la hora acostum- brada, de asistir á casa del abogado, á la univer- sidad, al tribunal.

Querer desviarme de la senda uniforme que me habia trazado, era esponerme á su cólera, y me ha- bia amenazado, á la primera falta, con meterme por galopin en un barco, que se marchase á Cuba así es que me acometian ánsias horribles, si por casualidad, alguna que otra vez me aventuraba en algun juego de niños, aun cuando no durase mi di- version mas que una hora...

Figurate la imaginacion mas vagabunda, el cora- zon mas amoroso, el alma mas afectuosa, el espíritu mas poético, continuamente en presencia del hombre mas duro, mas atrabiliario y mas frío del mundo!... casa una jóven de dieziseis años con un esqueleto, y podrás comprender la ecsistencia cuyas patéticas escenas me prohibes desarrollar; proyectos de fuga desvanecidos al aspecto de mi padre, desesperaciones apagadas por el sueño; volcánicos deseos comprimi- dos, y sómbrias tristezas disipadas por la música. Tocando pasablemente el piano, todas mis desdi- chas se ecsalaban en melodías; y cuantas veces ya en aquel tiempo, Beethoven ó Mozart fueron mis discretos confidentes!

Quando pienso ahora con todas las preocupaciones

que ajitaron mi conciencia en aquella época de sencillez y de virtud, no puedo menos de sonreirme.

Si hubiese puesto los pies en una fonda, hubiese pensado estar perdido. Mi imaginacion me representaba un café como un lugar de disolucion, donde todo hombre debia perder su honor, y acabar con su hacienda. En cuanto á jugar dinero, deberia haberlo tenido...

Oh! aun cuando debiese adormecerte quiero contarte una de las mas terribles alegrías de mi vida; una alegría de aquellas que armadas en algun modo de garras, penetran en el corazón, como penetra la marca enrojecida dentro la espalda del presidario...

Hallábame en un baile en casa del duque de No... primo de mi padre... Mas, para que puedas formarte una cabal idea de mi situacion, debo decirtelo todo. Hallábame con un fraque raído, con zapatos mal hechos, con una corbata de cochero y con guantes ya llevados... Acomodéme en un rincón, desde el cual tomando sorbetes devoraba con los ojos á las mujeres que me parecían mas hermosas... Vióme mi padre, y por un motivo que nunca he podido adivinar, tanto me sorprendió aquel acto de confianza, me dió su bolsa y la llave á guardar... Algunos hombres jugaban no muy lejos de mí, yo oía claramente el movimiento del oro.

Veinte años tenia y deseaba con ansia pasar todo

un dia sumerjido en los crímenes de aquella edad... Era una liviandad espiritual cuya semejanza buscaríamos en vano, sea en los caprichos de cortesana, sea en los desvaríos de la vírjen. Mas habia de un año que me estaba considerando vestido con elegancia en cabriolé, con una querida á mi lado, echandola de señor, comiendo en alguna fonda lujosa, yendo por la noche al teatro, y decididamente determinado á no volver á casa de mi padre hasta el dia siguiente, pero armado contra mi déspota con una aventura romancesca, mas endiablada que el *casamiento de Figaro*, y cuyo laberinto le hubiese sido imposible sacar en limpio. Toda esa alegría junta la habia yo tasado á treinta duros... ¿No es verdad que aun me hallaba entonces bajo el sencillo encanto de la *escuela económica*?

Fuíme pues á un lugar escusado en el cual, solo, con ojos ardientes y manos convulsas conté el dinero de mi padre... Sesenta duros contenia la bolsa.

De repente, las alegrías de mi proyecto se me representaron bailando como brujas de Macbeth en derredor de su caldera; pero irresistiblemente atractivas, crujientes, y de todo punto deliciosas. Convertíme pues en resuelto bribon. Sin escuchar el campaneo de mis oídos, ni los precipitados latidos de mi corazón, tomé dos monedas de á cuatro duros, que todavía las veo ahora! Las letras y el retrato de Bonaparte percibiánse no muy clara-

mente. Después de haber puesto la bolsa en la faltriquera, volví á la mesa de juego, agarrádas las dos monedas de oro en la húmeda palma de la mano, y rodé al rededor de los jugadores ni mas ni menos que un gavilan revolotéa al rededor de un gallinero. Sumergido entonces en angustias inefables, despedí precipitadamente una traslucida mirada á todo cuanto me rodeaba; en seguida bien seguro de no ser visto de ninguno que me conociese, aposté por un hombre gordo y carialégre, sobre cuya cabeza acumulé mas plegarias y mas votos que puedan hacerse por el mar durante tres tempestades seguidas. Mas, con un instinto de perfidia y maquiavelismo que hubiese sorprendido al mismo Sixto V, fuíme á establecer cerca una puerta mirando al través de los salones, sin ver nada en toda la concurrencia. Mi alma y mis ojos solo se cernian al rededor de la mesa fatal.

Desde esta noche, data la primera observacion filosófica á la cual he debido mas tarde esa especie de penetracion que me ha facilitado la comprehension de algunos misterios de nuestra doble naturaleza.

En efecto, estaba vuelto de espaldas á la mesa en la cual se disputaba mi dicha futura, dicha tanto mas profunda quizá, cuanto era mas criminal!..... Entre mí y los dos que jugaban, habia un parapeto prolongado de cuatro ó cinco grupos de habladores... Elevábase un confuso ruido de voces que

impedia distinguir hasta los sonidos de la orquesta... Sin embargo, por un privilegio concedido á todas las pasiones, y que las dá el poder de anonadar las leyes del tiempo y del espacio, oía distintamente las palabras de ambos jugadores, estaba enterado de los puntos que cada uno tenia, y sabia cual de los dos volvia el rey como si viese las cartas; y por mas que me hallase á diez pasos de distancia del juego, todavia sus horribles caprichos me trastornaban de pies á cabeza.

A la sazón mi padre pasó delante de mí como súbitamente; entonces si que pude comprender aquella palabra de la sagrada escritura;—el espíritu de Dios pasó por delante su cara!

Mas, habia ganado!... A través del torbellino de hombres que al rededor de los jugadores gravitaba, acudí á la mesa, colándome con la habilidad de una anguila que se escapa por la malla rota de la red. La dolorosa tirantez de todas mis fibras fué reemplazada por una expansion celestial. Hallábame en la situacion del condenado á muerte, quien al marchar al patíbulo se ha encontrado con el rey...

Quizo la casualidad que un hombre condecorado reclamase ocho duros. Pero faltaban en el juego. Todas las miradas se desplomaron sobre mí. Palidecí, y violentas gotas de sudor sulcaron mi frente amarilla. Entonces, parecióme completamente vengado el crimen del robo que hice á mi padre; pero el

gordete, el bueno del hombre que jugaba, dijo con voz realmente anjelical:

— Todos esos señores habian puesto, quedo responsable del juego!...

Y pagó los ocho duros. Aquí si que levanté la frente, y lancé triunfantes miradas sobre los jugadores. Luego, despues de haber con mucho cuidado reintegrado en la bolsa de mi padre el dinero que en ella habia tomado, dejé mi ganancia á aquel digno y honrado caballero quien siguió ganando.

En breve me ví poseor de treinta duros y luego que fué mia toda esa suma, la engrillé en el pañuelo de manera que no pudiese moverse ni sonar al tiempo de retirarnos; figúrate pues como la estreché, y no jugué mas aquella noche...

— ¿Que haciais al juego?... dijome mi padre al entrar en el coche.

— Miraba, padre... respondí temblando.

-- Es que, repuso, no seria extraordinario que por amor propio hubierais sido obligado á enseñar dinero en el juego... Segun las jentes del gran mundo, parecis tener ya la suficiente edad, para tener el derecho de hacer necesidades... Por tanto, Rafael, os escusaria de buena voluntad, si hubierais empleado mi bolsa...

Yo no contesté.

Al llegar á casa, volvíle la llave y la bolsa. Cuando estuvo en su cuarto, vació la bolsa sobre la chime-

nea, y contó el oro. Luego, tornóse hácia mí con un módó que no dejaba de ser algo gracioso, y dijome lo siguiente, separadas sus frases con pausas mas ó menos largas y significativas:

— Hijo mio, estais prócsimo á los veinte años.— Estoy contento de vos.--Necesitais una pension,-- aun cuando no fuera mas que para aprender á economizar, -- á conocer las cosas de la vida. -- A contar desde esta noche os daré veinte duros al mes. Podreis disponer de ese dinero como mejor os pareciere!...

-- Aqui teneis el primer trimestre de este año...añadió, acariciando un montoncillo de oro, como para verificar la suma.

Confieso sinceramente, que estuve para postrarme á sus pies, á declararle que era un insolente, un infame, y... mas que todo eso, -- un embustero!... Pero la verguenza me venció. Iba sin embargo á abrazarlo, apartóme lijeramente.

-- Ahora eres un hombre, *hijo mio!*... me dijo. Lo que hago ahora, es cosa muy regular y justa por la cual no debes darme gracias...

— Si algo podia reclamar de vuestro agradecimiento, continuó con tono dulce, aunque lleno de dignidad, seria, Rafael, por haber salvado vuestra juventud de los escollos en que se precipitan, en Paris, todos los jóvenes.— De aqui en adelante, viviremos como dos amigos. Dentro un año sereis doc-

tor en leyes.—Habeis adquirido, no sin algunos disgustos, y ciertas privaciones, conocimientos sólidos, y el amor del trabajo tan esencial para los hombres destinados á manejar grandes negocios... Ahora, empezareis á conocer vuestro padre.—No penseis, que quiera haceros abogado, ni notario; sino un hombre de estado que pueda llegar á ser la gloria de nuestra pobre casa...

—Hasta mañana! añadió, despachándome con un jesto inesplicable.

Desde aquel dia, inicióme francamente mi padre en sus proyectos.

XVI.

Era yo hijo único, y habia perdido mi madre á la edad de diez años.

Un dia, poco satisfecho mi padre del derecho de sulcar la tierra con espada al costado, bien que era jefe de una casa histórica casi olvidada en Auvernia, determinó venir á Paris para probar y reprobar al diablo.

Dotado de aquella astucia que dá tanta superioridad á los hombres del medio dia de la Francia, cuando va acompañada de enerjía, habia llegado, sin grandes protecciones, á tomar una posicion en el centro mismo del poder. En breve, la revolucion trastornó su fortuna; pero, habiéndose casado con

CAPITULO ALFONSO

una rica heredera, habiase visto, bajo el imperio, prócsimo á restituir á nuestra familia su antiguo esplendor.

Vino la restauracion, y á la par que volvió á mi madre bienes considerables, arruinó á mi padre.

Habiendo comprado muchas haciendas dadas por el Emperador á sus jenerales, y en pais extranjero situadas, diez años habia que luchaba con liquidadores y diplomáticos, con los tribunales de Prusia y de Baviera, para mantenerse en la contestada posesion de aquellos donativos malhadados. Inmediatamente pues, introdujome mi padre en el laberinto inesplicable de aquel vasto proceso del cual pendia enteramente todo nuestro porvenir. Hasta podíamos salir condenados á restituir las rentas que cobrara, como tambien el precio de algunas aterradas en bosques, hechas desde 1814 hasta 1817; y en este caso todos los bienes de mi madre bastaban á penas para salvar el honor de nuestro nombre. De modo que desde el instante en el cual podia traslucir que mi padre me emancipaba en algun modo, recaí bajo el yugo mas ominoso. Víme obligado á combatir como en un campo de batalla, á trabajar de noche y de dia, á ir á visitar hombres de Estado, procurar sorprender su relijion, hacer todo cuanto imaginarse puede para interesarles por nuestra causa, seducirlos, á ellos, á sus mujeres, sus lacayos, sus perros, y disfrazar tan horrible ofi-

cio bajo formas elegantes, bajo lisonjeros agasajos.

Entonces fué, cuando empecé á comprender todas las pesadumbres inscritas en el semblante de mi padre.

Por espacio de un año, poco mas ó menos, seguí una vida en apariencia divertida; pero aquella disipacion y aquel empeño en relacionarme estrechamente con parientes de crédito, y con toda aquella jente que podia sernos útil, ocultaban trabajos inmensos. Mis pasatiempos eran aun informes de nuestro proceso, y mis conversaciones, largas memorias...

Hasta aqui fuí virtuoso, por la imposibilidad en que me hallaba de entregarme á mis caprichos de jóven; pero recelando causar la ruina de mi padre ó la mia por alguna negligencia ó desvarío, hiceme tirano de mí mismo. No me atrevia á permitirme ni un placer, ni un gasto cualquiera; porque durante nuestra primera juventud, cuando con sus repetidos contactos, los hombres y las cosas no nos han arrancado aun aquella flor de sentimiento tan delicada, aquella lozanía vírjen de pensamiento; aquella conciencia tan noble y tan pura nos impide transijir con los perversos; entonces sentimos vivamente nuestros deberes, entonces nuestro honor se eleva sobre toda pasion, y triunfa, entonces somos sinceros y francos sin rodeos. Por lo menos tal era yo, y tuve á pecho justificar la confianza de mi padre.

Poco antes, hubiérale sustraído con delicias una suma humilde; pero, llevando con él la carga de sus negocios, de su nombre, de su causa, hubiésole dado secretamente mis bienes, mis esperanzas, de la misma manera que le sacrificaba mis placeres. Y muy feliz aun por mi sacrificio... Asi es que cuando el ministro M. de Villéle desenterró, espresamente para nosotros, un decreto imperial sobre los descaecimientos, y que nos hubo arruinado, yo firmé sin titubear la venta de todos los bienes de mi madre, quedandome con una isla de casi ningun valor, situada en medio del Loira, y en la cual estaba el sepulcro de mi pobre madre.

Ahora, acaso, no me faltarian argumentos, rodeos, discusiones filosóficas, para dispensarme de efectuar lo que mi abogado llamaba una *tontería*... Pero á veintiun años, lo repito, somos toda jenerosidad, todo calor, todo amor... Las lágrimas de que ví entonces arrasados los ojos de un padre, fueron para mí la mayor y la mas placentera de todas las fortunas; ¡y cuantas veces el recuerdo de aquellas lágrimas me sirve de consuelo en mis angustias!...

Diez meses despues, murió mi padre de pesadumbre. Me idolatraba, y me habia arruinado. Esta idea le sepultó.

En 1826, á la edad de veintidos años, hácia fines de otoño, seguí sin acompañamiento el entier-

ro de mi primer amigo, de mi padre.. Pocos jóvenes habrá que se hayan encontrado solos, con sus pensamientos, tras de un féretro, perdidos en Paris, sin porvenir, sin fortuna. Los huérfanos recojidos por la caridad pública tienen á lo menos sobre la tierra un padre y un porvenir. Su riqueza futura es el campo de batalla; su padre, el fiscal, el gobierno, ó el hospicio... Yo, ¡nada tenia!—Nada!.....

Tres meses despues, un ujier tasador me devolvió mil ciento doce francos, producto líquido y ecsacto de la sucesion de mis padres. Algunos acreedores me habian obligado á vender nuestros muebles.

Acostumbrado desde mi infancia á dar un gran valor á los objetos de lujo de que me hallára rodeado, no pude menos de manifestar cierta admiracion al aspecto de aquel peculo sobrante.

— Oh! me dijo el ujier tasador, todo eso valia bien la pena!...

¡Que espantosas palabras!.. marchitaban todas las relijiones de mi niñez y me arrancaban las primeras ilusiones de mi vida, las mas alhagueñas de todas...

Todo mi porvenir yacía en un sacote de tela que contenia mil ciento doce francos.

La sociedad se me presentaba en la persona de un ujier tasador, que me hablaba sin quitarse el sombrero.

Finalmente, un ayuda de cámara que me quería de corazón, y al cual mi madre constituyera cuatrocientos francos de renta vitalicia, dijome al dejar la casa, de la cual yo saliera en mi infancia tantas veces en coche con alegría:

— Sed bien económico! mi buen señor!...

El pobre hombre lloraba.

CAPÍTULO ALFONSO

[Faint, mirrored bleed-through text from the reverse side of the page, including words like "empleado", "sueldo", "coche", and "bien"]

... y lleno de sentimiento, de natural, de...
... reservado...
... y me colocaron, joven aun, en la mas falsa y peligrosa de todas las posiciones sociales.

XVII.

Tales fueron, mi buen Emilio, los sucesos que encadenaron mi destino, modificaron mi inteligencia, y me colocaron, joven aun, en la mas falsa y peligrosa de todas las posiciones sociales.

Bien es verdad que vínculos de sangre me unian con algunas casas ricas, cuyo acceso mi orgullo me hubiese prohibido, si el desprecio é indiferencia no me hubieran antes cerrado las puertas. Por tanto, aunque pariente de personas muy influyentes, y pródigas de su proteccion para con los estraños, era como si no tuviera parientes y quedábame sin protectores. A fuerza de contrarestar mi alma en todas sus éxpansiones, habíase replegado contra sí misma;